

## Contestación de don Ricardo Fernández Guardia

*Señores Académicos:*

Viene hoy don Rogelio Sotela, y bienvenido sea, a ocupar el sitio que entre nosotros dejó vacante don Jenaro Cardona, de quien hemos oído pronunciar el brillante y merecido elogio que le tributa su digno sucesor en esta Academia, y al asociarme cordialmente a él evocaré a mi vez la grata memoria del compañero muy estimado, dedicando un afectuoso recuerdo al amigo y al autor de *El Primo* y de *La Esfinge del Sendero*, novelas afamadas como lo más selecto de la obra literaria del señor Cardona, sin que por esto sean menos apreciables los cuentos y las poesías del distinguido escritor que de seguro nos habría dejado una obra más extensa, si hubiese podido realizarla a la medida de su devoción a las letras. No se lo permitió la dura necesidad de ganar el pan cotidiano en tareas menos elevadas, pero más remunerativas, como sucede a casi todos los escritores en esta América nuestra, donde sólo por rara excepción da de comer la pluma, circunstancia que convierte el arduo trabajo literario en manantial de pobreza.

Muy justo es por lo tanto reconocer a quien lo emprende bajo tan triste auspicio, cuando menos la virtud del desinterés y un amor a lo ideal y a lo bello, que si en todo tiempo son dignos de respeto y alabanza, con mucho mayor motivo en la época de codicia y mercantilismo desmedidos por que atravesamos. Y si don Rogelio Sotela no tuviese más mérito que el de poseer esa virtud y ese amor, sería título bastante para que le concediesen su aprecio todos los que se mantienen fieles al culto de lo espiritual. Por fortuna estos dones no han sido en él estériles. Asociados a los del talento y laboriosidad se han traducido en obras que ya suman una docena.

De índole muy diversa son estas obras. Tan pronto vemos a su autor solazarse en los jardines de la poesía, como explorar la enmarañada selva de las especulaciones filosóficas, recorrer los austeros campos de la pedagogía, los zarzales de la crítica literaria o los prados amenos de la crónica festiva, variedad que dice la riqueza de su cultura intelectual y la agilidad de su inteligencia, cuyas primicias fueron ofrendadas a la poesía. Adolescente aún escribió sus primeros versos, a los veinte años fué laureado por su hermoso poema *El Triunfo del Ideal* en nuestros Juegos Florales de 1914, y cuando a los veinticuatro publicó su primer libro, *La Senda de Damasco*, ya era bien conocido como poeta. Esta obra, la que tiene por título *El Libro de la Hermana* y numerosas y muy bellas composiciones dispersas en revistas nacionales y extranjeras, forman hasta hoy el caudal poético del señor Sotela; pero a esto no se limitará, como ya nos lo promete el lisonjero anuncio

de la próxima publicación de otro volumen de versos con el título de *Rimas Serenas*.

Merece desde luego nuestro nuevo colega que se le felicite por no haber incurrido en lo que Gabriela Mistral llama la garrulería poética americana, así como tampoco en esa poesía quejumbrosa de que tanto se ha abusado en estos países, como si en la espléndida y joven América no hubiese más fuentes de inspiración que la tristeza y el llanto cerrando los ojos ante la hermosura y la majestad de una naturaleza sin rival, ante los sentimientos, los ensueños y los dolores de una raza en formación, que busca a tientas y rodeada de peligros el camino de su porvenir. En esto sólo ¡cuántos temas admirables habrían podido encontrar muchos poetas que han malgastado su talento en sensiblerías eróticas! Debo decir, en honor a la verdad, que los de Costa Rica no han solido pagar tributo a esa poesía lacrimosa. Como muy bien lo observa en su discurso el señor Sotela, nuestro carácter tiende a ser optimista y jovial. Así no es extraño que algunos de ellos se hayan inclinado a reír, y a veces a carcajadas, como el inimitable Aquileo Echeverría, genial intérprete del alma popular. El poeta Sotela se sitúa a distancia de uno y otro extremo. Oigamos lo que dice a este respecto:

No hay tristeza en mi verso ni se queja mi rima;  
lo que hay es paz serena y en esa paz se anima  
la musa panteísta que tan feliz me guía;  
lo que hay es que en mi verso se canta la alegría  
con tono tan suave  
que sólo ella lo sabe!

Pero no sólo está en el secreto la musa del señor Sotela. Todo el que haya leído su obra poética habrá encontrado en ella una apacible y risueña serenidad, hija de la marcada tendencia filosófica y mística que la caracteriza y recuerda la manera de Amado Nervo, tendencia sensible hasta en muchas de sus composiciones del género lírico. Sin embargo y para su mejor apreciación, conviene dividir la obra en dos capítulos, poniendo en el primero las poesías de índole netamente filosófica y que son, a mi juicio, las de mayor entidad y las más originales. A este capítulo pertenece *La Senda de Damasco*, poema premiado con medalla de oro, en que el autor contrapone el hastío, la displicencia y el escepticismo de la vejez, a la alegría, el entusiasmo y las esperanzas de la juventud. Disputan en un jardín un anciano y un efebo. Al acaloramiento del principio sucede poco a poco la calma y, por último, el anciano se deja persuadir por los argumentos del efebo y siente renacer su fe, que canta un himno a la Vida. Reconciliados en el altar de la Esperanza, los que fueron adversarios parten fraternalmente unidos:

Y por entre las eras, bajo el lino  
del azul esplendor de la mañana,  
mientras virtualizaba una fontana  
se alejaron los dos por el camino.

Hubo en todo el jardín como un asombro  
al mirar al anciano sonreído  
que ponía la mano sobre el hombro  
del dulce efebo que lo vió rendido.

Y aquella mano trémula, indecisa,  
que animara una honda pesadumbre,  
era sobre el pequeño una sonrisa,  
un tallo hecho de amor manando lumbre.

Y así con una fe clarividente,  
unidos en el bien de aquella alianza,  
con un halo de luz sobre la frente  
se alejaron los dos serenamente  
diciendo la canción de la Esperanza...

El poeta se complace en estos contrastes de los dos extremos de la vida en los que a pesar de sus profundas diferencias existen no pocas afinidades. Los ancianos y los niños se entienden a menudo muy bien. Nos ofrece otro en el poema, también premiado con medalla de oro, que tiene por título *Un cuento del Quijote*. Lo refiere una abuelita a sus netezuelos, cuyas imaginaciones infantiles habían forjado un Don Quijote gigante y perverso, autor de muchos males. La abuelita rectifica bondadosa:

—Era un don Quijote leal caballero,  
de verdad un hombre, no un gigante extraño,  
que siempre libraba todo desafuero,  
que andaba la vida con un escudero  
sin otro pecado que su propio engaño.

Para defenderse de la villanía  
llevó escudo y lanza, armas de combate  
que bien le sentaban para su hidalguía,  
mas fué tan osado con su bizarría  
que todos lo hallaron loco de remate.

El temor de alargarme demasiado me priva del placer de citar algunos versos, como lo he venido haciendo, de cada una de las hermosas poesías que contiene el libro. Me limitaré a estas dos estrofas de la vibrante *Oda a España*:

Gloria de las Castillas, es mi ofrenda!  
La noble estirpe que clavó su tienda  
bajo cielos de América, no pasa:  
que nos dió la heredad de su leyenda  
y nos dejó la sangre de su raza!  
.....  
Gloria perenne para su nobleza!

Gloria inmortal para la cuna ibérica,  
que por el alma de su raza, América  
tiene el alto blasón de su grandeza!

En las poesías que forman el segundo capítulo de mi clasificación, o sean las del género lírico, hay una frescura y un sentimiento exquisitos. Palpita en ellas el amor a lo ideal, a lo bello, a lo noble y sobre todo a la mujer, santificada en la dulce compañera, en la hermana, como la llama el poeta con infinita ternura; y a esta hermana espiritual, encarnación de su musa, dedica un libro en cuyas páginas quiso que figurase también el homenaje de renombrados escritores, a quienes advierte:

¿Queréis saber de la gentil Amalia  
para que habléis en su loor, artistas?  
Pues sabed: es amable como un ángel  
que os da una comunión en su sonrisa.

Tiene para vosotros, los poetas,  
una extraña virtud: ser sensitiva.  
Para soñar es alma del Ensueño,  
para vivir, es alma de la Vida.

Tanto es lo que se podría seleccionar también en este fragante ramillete amoroso de *El Libro de la Hermana*, que optaré por dejar que la mano desprenda otra flor a la ventura:

Esta hermana que yo quiero  
y que en mis versos venero  
con un cariño abacial,  
tiene en su huerto un rosal  
que cultiva un jardinero  
espiritual.

En este jardín querido  
que está siempre florecido  
de ideal,  
por cada rosa hay un nido  
y en cada nido, escondido,  
un trinario de cristal.

En toda su obra poética, el señor Sotela parece haber seguido religiosamente un precepto de Bourget formulado para la novela: buscar la belleza en el estudio de las cosas sanas y de los sentimientos nobles. De aquí la elevación, la moralidad, la delicadeza, la ternura de esta poesía que nunca desciende al sentimentalismo, inseparable del amaneramiento.

Con ser muy valiosa la contribución aportada a las letras nacionales por don Rogelio Sotela como poeta, tan sólo constituye una pequeña parte de su obra, muy diversa, según se ha dicho ya. Al estudiarla en su conjunto, sobresale en ella, a mi ver, lo que corresponde al pensador, representado especialmente por dos libros que honran mucho a quien los escribió: *Recogimiento* y *Apología del Dolor*. El primero es el fruto de meditaciones "altas, serenas, profundas", como tan acertadamente dijo de ellas la ilustre poetisa Juana de Ibarbourou. En el silencio que tanto le place, aborda el autor los problemas filosóficos con un optimismo tan sincero que de verdad conforta el espíritu. "Meditar en el bien y en el mal para comparar". "Ver en los demás, no para alimentar el daño, sino para vernos a nosotros mismos". "Buscar la alegría en la virtud". Tales son las generosas y sanas disciplinas enunciadas en *Recogimiento* y a las que se ciñe el filósofo en esta obra que trata del Hombre, la Patria, el Arte y el Alma.

"El hombre—dice—es el quinto elemento de la naturaleza, un compendio de creación que domina a todos los elementos y que tiene su poder supremo en la vida armoniosa y en la muerte, que lo hace el punto extremo de la perfección". "Como la araña que teje su propia red, el hombre construye su propia suerte. Depende tanto de nosotros nuestro destino como depende del músico la sonoridad más o menos armoniosa que arranca a su instrumento". Es permitido observar aquí, sin embargo, que siendo como es el hombre amo, pero a la vez esclavo de la materia, difícilmente puede aspirar a esa condición, rayana en la de semidiós, que parece atribuirle el señor Sotela; y que si bien es cierto que en gran parte somos responsables de la suerte que corremos en este mundo, no es posible negar el influjo que en nuestro destino ejercen fuerzas ocultas e ineluctables, llámense como se las quiera llamar. En el símil empleado por el autor bastaría, por ejemplo, la ruptura fortuita de una cuerda para dar al traste con la más armoniosa de las sonoridades.

No contiene una definición de la Patria el capítulo dedicado a este tema. Ha preferido sin duda el señor Sotela que la deduzcamos de los pensamientos que le consagra. El epígrafe dice: "No servimos a la Patria solamente muriendo por ella, sino también haciéndola más feliz y culta", y guiado por esta sentencia discurre sobre la enseñanza, la cultura y la mujer, que son, conforme a su criterio, los tres fundamentos en que estriban el bienestar y la grandeza de la patria. "La enseñanza—escribe—debe ser atractiva, y, como consecuencia, nueva e interesante". "El profesor de verdad creará su propia metodología". Muy de acuerdo con estas ideas y aunque profano en la materia, me parece que en esto de la enseñanza los resultados dependen sobre todo del maestro; porque cuando éste es bueno, cualquier método lo es también, más o menos. Por lo contrario el mejor de los métodos resultará malo si malo es el maestro. Y así creo que nuestro mayor empeño debemos ponerlo en la formación de buenos maestros, eliminando a todos los que no tengan por tan noble carrera sincera vocación. El sacerdocio y el magisterio no deben ser nunca un simple *modus vivendi*.

Se duele el señor Sotela del descuido en que aquí se tiene la enseñanza del idioma; porque "el lenguaje—observa—es la base sobre que descansa todo y por lo que todo se emprende: ciencias, artes, industrias, religiones, etc.". ¡Cuánta razón le asiste en dolerse de tan imperdonable descuido! Entiendo que algo se ha procurado hacer para remediar este mal y celebraría que se hiciese más; pero lo cierto es que se agrava y que su presencia se nota en todas partes, aun allí donde no es tolerable. Para convencerse de ello, basta echar una ojeada a nuestros periódicos, en cuyas páginas se cometen sin tregua los más negros pecados contra el idioma y hasta faltas de ortografía! No es posible en tales condiciones abrigar la esperanza de una depuración de nuestro lenguaje tan viciado, no sólo en la clase popular sino también en la que presume de culta y mucho menos cuando se piensa que los periódicos son aquí la única lectura de la inmensa mayoría de las gentes. Por otra parte la pobreza de nuestro vocabulario iinda ya con la miseria. Muchos de los que han pasado por escuelas y colegios ignoran los nombres castizos de las cosas más vulgares, y por lo que hace a la gramática se le asestan puñaladas hasta en la redacción de las leyes, que a veces resultan ininteligibles. Hace ya largo tiempo el poeta colombiano Lleras escribió sobre nuestro lenguaje unas décimas jocosas que terminan de este modo:

Si aquí Cervantes viviera,  
de seguro maldijera  
el tal idioma español.

"Hay en muchas personas—dice el señor Sotela—la suposición vulgar que considera afectado y pedantesco el lenguaje que respeta los cánones gramaticales y eso es lo que más hiere la pureza sencilla del idioma"; pero siempre optimista y benévolo añade: "Tengamos fe en que algún día los jóvenes comprenderán la necesidad de una cultura integral—única posible conforme a las actuales necesidades—y que los estudios de lenguaje—tan repudiados por ellos—son la base de todos los conocimientos". Mejor no se puede decir y por mi parte hago los más fervientes votos, como seguramente los harán todos los señores Académicos, por que se cumpla tan buen deseo. Quien no sepa hablar y escribir bien su lengua no puede ser persona de verdadera cultura; al menos nunca lo parecerá.

A tal punto es fuerte el vínculo que existe entre la patria y su idioma, que matando a éste se hiere de muerte a aquélla. Más que la bandera es el idioma símbolo de la patria; su último baluarte contra el conquistador. Sobrada razón ha tenido por consiguiente el señor Sotela al incluir en el capítulo de la Patria lo que atañe al idioma. Defender el idioma equivale a defender a la patria. Defendamos, pues, el nuestro; no olvidemos nunca que el castellano forma parte, la más preciada, de nuestra rica herencia española; que mientras podamos pensar, hablar y hasta maldecir, aunque sea en mal español, no habrá muerto para nosotros la patria que nos legaron los antepasados: ni la chica en que hemos nacido, ni la grande que se extiende de México a la

Patagonia, la que Bolívar soñó, la del porvenir, ni la que es madre de las dos, España, la noble y gloriosa nación que en el curso de la Historia ha dado al mundo los más viriles ejemplos de patriotismo y amor a la independencia.

Por la mujer siente veneración el señor Sotela y así aconseja: "En cada mujer que pasa ve a tu hermana, a tu novia o a tu madre". Para él "una mujer será siempre el reflejo de Dios sobre la tierra". "¡ Poder supremo de la mujer!—exclama.—De una mujer puede depender la suerte de un pueblo, según la influencia que ejerza sobre su compañero"; y a continuación entra a enumerar las cualidades que en su concepto debe tener, entre las que anotaré la que distingue al fénix de las hijas de Eva, o sea la mujer silenciosa, llamada a colmarnos de felicidad; porque "el silencio—explica—es una puerta por donde se va a un jardín paradisiaco"; pero quién sea el ángel guardián de este paraíso del silencio, no lo dice. A pesar de su ardiente filoginia deja discretamente el punto a juicio del lector.

Sobre el Arte expone el autor de *Recogimiento* muy bellas ideas. Su criterio al respecto es levantado y generoso, con un tinte de eclecticismo de buena ley. "No soy exclusivista en estética—declara—: creo que todos los géneros son buenos si ninguno está al servicio del mal". Concede "la supremacía a lo emocional que intuye, concibe y expone en una forma íntegra, esto es, en armonía con todos los sentidos", y añade que él va "tras lo bello ideal, tras la visión subjetiva que entra por una corriente nerviosa a la emoción; porque lo bello ideal es un compendio de lo bello, entre lo que está la divina idea de Dios". Refiriéndose a los críticos movidos por la envidia observa: "Los envidiosos son incapaces de simpatía. Hay envidiosos por impotencia y por fracaso. Los primeros desdeñan, pero no anulan; los segundos hieren, pero no matan". A lo que se podrían añadir muchas consideraciones sobre la fragilidad de la crítica literaria; porque hasta los jueces más eminentes en la materia cometen errores garrafales, como Voltaire cuando calificó de bárbaro a Shakespeare y felicitaba al Padre Bettinelli por haber tenido el valor de decir que "Dante era un loco y su obra un monstruo". Tan sólo uno es digno de entera fe, por ser el único verdaderamente imparcial y que a la larga no se equivoca, el Tiempo, avaro y pródigo a la vez: avaro de gloria y pródigo de olvido.

La serena y bondadosa filosofía del señor Sotela, notoriamente influida por el pensamiento oriental, se acentúa en el capítulo del Alma. En él nos dice: "Si no puedes grabar en la memoria estas cuatro palabras, escríbelas en todos los sitios donde estés y ejercítate en ellas: Alegría, Tolerancia, Amor, Sabiduría". "La alegría buena eleva. Quien cultiva la alegría da salud al cuerpo y belleza al alma".

He venido espigando casi al azar en las páginas de *Recogimiento*, para librarme de la tentación de multiplicar las citas. Creo, sin embargo, que son bastantes las que se han escuchado, para justificar en quien escribió esa obra el título de pensador. Lo confirma otro libro, que considero como el más valioso de los que ha producido don Rogelio Sotela y en el que mejor se pueden apreciar su psicología y su orientación

filosófica: *Apología del Dolor*. El germen de esta obra está en *Reco-  
gimiento*, allí donde se lee: "El Dolor es el creador, no lo temas.  
¡Cuántos hombres huyen del dolor, y, sin embargo, en él está el senti-  
do de la vida! Al conocimiento se va por el dolor. Al amor se va por  
el dolor. A Dios, que es amor, se va por el dolor".

No es muy aventurado suponer que el primer hombre que se  
dió a filosofar meditara ya sobre el dolor, nuestro compañero insepa-  
rable. Hace veintisiete siglos enseñaba el príncipe Siddhartha que para  
suprimirlo había que suprimir los deseos y las pasiones: es decir, la  
vida. Dolor, no eres un mal, era en cambio la máxima varonil de los  
estoicos. El señor Sotela va más allá. Considera el dolor como un bien  
en sus consecuencias. "El dolor acrisola tanto—escribe—que a quien  
lo padece con altura le torna luminosa la vida". Y así le sale al en-  
cuentro con la sonrisa en los labios, como para decirle: "Bienvenido  
seas, Dolor, ya que ninguno tiene el poder de cerrarte la puerta; pero  
te llevaré a una cumbre tan alta que allí serás trocado en paz, bondad  
y amor". Este es el tema que desenvuelve el filósofo en su precioso  
libro, cuya lectura no se puede recomendar lo bastante a los necesitados  
de apaciguamiento y de consuelo. "No penséis ¡oh cristianos!—está es-  
crito en él—que el dolor de la cruz nos salva y que el Cristo nos ha  
redimido. Cada uno debe verter su propia sangre; cada uno debe vivir  
su dolor! "Sólo en llanto es el hombre perfectamente bueno". Afirmar y depurar la vida por el dolor: tal es el fin a que tiende el señor  
Sotela, ya que la voluntad de Dios es que el dolor impere sobre la tie-  
rra. Y resulta muy interesante que un escéptico empedernido y gran  
demoledor de ilusiones como Anatole France, coincida sin embargo  
con nuestro filósofo optimista en su opinión sobre el dolor, cuando es-  
cribe en *El Jardín de Epicuro*: "Que la tierra sea grande o chica, es  
cosa que al hombre no le importa. Es bastante grande con tal de que en  
ella se sufra, con tal de que en ella se ame. El dolor y el amor, he  
aquí las dos fuentes gemelas de su inagotable belleza! ¡El dolor, qué  
divino inapreciado! Le debemos todo lo bueno que en nosotros hay,  
todo lo que le da valor a la vida; le debemos la compasión, la valentía,  
le debemos todas las virtudes. La tierra no es más que un grano de  
arena en el desierto infinito de los mundos; pero si sólo se sufre en la  
tierra, ésta es más grande que todo el resto del mundo. ¿Qué digo?  
Ella lo es todo y lo demás es nada".

\*

\* \*

A don Rogelio Sotela debemos agradecer los que aquí tenemos  
afición a las letras, el que nuestras obras y nuestros nombres hayan  
llegado a ser menos desconocidos, sobre todo en el extranjero. No  
fué otro su propósito, muy generoso y patriótico por cierto, al escribir  
*Valores Literarios y Escritores y Poetas de Costa Rica*. Debido a la  
pequeñez del país y al escaso interés que en él despierta el trabajo  
intelectual, las ediciones de nuestros libros son forzosamente muy



reducidas y muy pocos los ejemplares que traspasan las fronteras. Además de escribir sus antologías y notas biográficas, el señor Sotela se tomó el trabajo de darlas a conocer en el exterior, donde los lectores se enteraron de que en el pequeño país reputado por su tranquilidad y excelente café se cultivan también las letras, aun cuando sólo sea en muy modesta escala. Buena obra hizo con esto; sin embargo, no todos la estimaron aquí como se merece. No faltó quien censurara al autor por la benevolencia de sus juicios críticos sobre los escritores nacionales y es posible que hubiese alguna razón para ello, dado el temperamento generoso del señor Sotela. Como quiera que sea, la censura no estaba exenta de mezquindad y su réplica a ella fué magistral. “Para señalar defectos están todos—escribió en *Recogimiento*—, aun los pequeños, aun los ignorantes. Lo difícil y lo raro es admirar, comprender y poder exaltar con nobleza la obra de los otros”. Esta réplica refleja fielmente la fisonomía moral del escritor.

\*  
\* \*

Tres son las obras didácticas publicadas por don Rogelio Sotela: *Literatura Costarricense*, *Complementos Gramaticales* y un *Silabario* escrito en colaboración con el profesor don Napoleón Quesada, a quien pronto habremos de tener también entre nosotros. Estas obras han sido elogiadas por personas entendidas en pedagogía. Yo estoy lejos de serlo, pero no dudo del acierto de este juicio favorable y a él me atengo gustoso. Tan sólo me referiré a la primera para decir que su objeto es el mismo de *Escritores y Poetas de Costa Rica*, pero en forma compendiada, y observar que así en este compendio como en la obra original, se nota un vacío en la parte que trata de los precursores de nuestra literatura, entre los nombres del ilustre sacerdote don Florencio del Castillo y del Dr. don José María Castro, que sería muy justo llenar con los de don Joaquín Bernardo Calvo, don Nicolás Gallegos y don José León Fernández, escritores de mérito los tres, como lo atestiguan los primeros periódicos que aquí se publicaron y en particular *El Mentor Costarricense*. Yo no vacilaría en poner también a la par del nombre del Dr. Castro, el del Dr. don Vicente Herrera, uno de los que con mayor pureza y elegancia han escrito el castellano en Costa Rica.

Mencionaré de paso un estudio del señor Sotela sobre política internacional, publicado con el título de *La Doctrina de Monroe desde un punto de vista subjetivo*; pero me abstendré de comentarlo, porque esto me obligaría a salirme de los dominios de esta corporación. En cambio voy a emprender viaje en compañía del poeta filósofo, convertido en diplomático, para ir a gozar en Lima de unas fiestas cuyo esplendor fué una resurrección del tiempo en que los virreyes españoles entraban en la capital del Perú por calles empedradas con adoquines de plata. En las *Crónicas del Centenario de Ayacucho* relata el señor Sotela su viaje y describe aquellas fiestas inolvidables con una amenidad y un entusiasmo que no decaen un solo instante. Hay en este libro fina

observación, mucho movimiento y una franca y comunicativa alegría. A primera vista siente el peregrino la seducción de Lima, esa "ciudad dual: moderna y arcaica", según sus propias palabras. Se extasia contemplando a las graciosas y traviesas limeñas que salen de misa con la clásica mantilla española en la cabeza; a las parejas de novios que charlan en la reja enflorada como en Andalucía. Lima se le figura la Sevilla de América y no se equivoca: la Sultana del Rimac es digna rival de la del Guadalquivir. El fantasma de la Perricholi se desliza por sus viejas calles en noches de luna, como el de don Miguel de Mañara por las de Sevilla; y en la Quinta de la Magdalena busca reposo el de Bolívar, después de galopar por los campos de sus grandes batallas, como el del Rey San Fernando en el Alcázar de Sevilla.

El cronista no se cansa de admirar. No ve sombras en ninguna parte. Para él todo es luz. La buena fortuna lo pone en presencia de tres grandes poetas de América y ante ellos se inclina reverente y los cubre de laureles. A todo el que posee algún mérito se lo reconoce con creces: con todos fraterniza y todo lo alaba. El señor Sotela no sólo escribe su bondadosa y optimista filosofía: la vive.

\*  
\* \*

Muy satisfecho me sentiría si hubiese logrado presentar un resumen, que a pesar de todos sus defectos permita apreciar en su verdadero valor la obra literaria de don Rogelio Sotela, que puede calificarse de copiosa, sobre todo si se toma en cuenta que su autor no ha doblado aún el cabo de la cuarentena, si bien ya poco le falta, siendo así que nació en esta ciudad de San José el año 1894. El destino no se mostró benévolo al principio con el futuro poeta que debía serlo tanto. A los catorce años tuvo que abandonar las aulas, donde se había distinguido por su aplicación, para ganarse la vida y ayudar a su madre que luchaba con la viudez y la pobreza, entrando a trabajar en una casa de comercio; pero no creo lastimarle mucho al decir que no fué modelo de dependientes. Si no estoy mal informado, no sólo leía detrás del mostrador; también escribió sus primeros versos sobre este mueble prosaico. Más de una parroquiana—es de suponer que joven y bonita—tuvo la agradable sorpresa de leer una redondilla o un soneto en el papel en que iba envuelta su compra; y como el joven Sotela se sentía, a semejanza del ginebrino Petit-Senn en igual situación, cada vez más poeta y menos comerciante, se despidió de Mercurio para volver a estudiar con ahinco, a fin de ver realizadas sus aspiraciones. Una cátedra de castellano y literatura en el Liceo de Costa Rica, en calidad de supernumerario, fué la primera recompensa de sus esfuerzos y desvelos, más tarde coronados con el título de Profesor de Estado. Y como al mismo tiempo había seguido los cursos de nuestra Escuela de Derecho, se graduó de licenciado en leyes en 1924. Electo varias veces secretario del Ateneo de Costa Rica, fué durante algunos años director de la revista *Athenea*, órgano de aquel centro

de cultura que nuestra deplorable indiferencia dejó perecer de inanición. En la prensa diaria y con los seudónimos de *Galimatías*, *Farfullero* y *Fray Antonio de Nebrija* ha librado vigorosas campañas en pro del mejoramiento de nuestro paupérrimo lenguaje. Por sus trabajos literarios ha merecido aquí y en el extranjero numerosas distinciones honoríficas y muchos elogios. En el orden político ha sido, entre otras cosas, diputado al Congreso, gobernador de la capital y secretario de legación. Tal es, en resumen, la biografía de don Rogelio Sotela, a quien esta Academia acoge hoy en su seno con gran complacencia. Joven, laborioso y entusiasta como es nuestro nuevo colega, tenemos el derecho de esperar que su colaboración habrá de ser para nosotros muy valiosa, en la tarea que tenemos a nuestro cargo de velar por los fueros del idioma, hermano gemelo de la patria.